

LARROQUE, EN MADRID

EL pintor bilbaíno Angel Larroque ha expuesto en Madrid una amplia colección de sus obras. El número y la calidad nos hablan de un esfuerzo y una sabiduría no frecuente en el tráfago de nuestras Exposiciones.

Si hubiéramos de calificar a Larroque, diríamos que pertenece a la escuela romántica. Este calificativo puede parecer extraño; pero la contemplación de las obras ofrecidas lleva al ánimo el nexa con los pintores de las últimas décadas del siglo XIX. Toda su obra está impregnada, en la concepción, del recuerdo de los pintores románticos, y más señaladamente, de Valeriano Bécquer y Elbo. No queremos afirmar con ello un parentesco derivado de un conocimiento, sino una coincidencia en la disposición de los colores y en la arquitectura pictórica a la que se incorpora la personalidad del autor, que podemos definir como el trazo fuerte que se apodera del lienzo para trasladar al espectador, en sabia disposición, los más diferentes motivos, siempre con el mismo acierto.

Larroque, en esta Exposición celebrada en Madrid, tanto tiempo esperada, ha afirmado sus méritos y ha querido hacer extensa demostración de unas cualidades que en los diversos géneros que cultiva tiene sobradas causas para el elogio.

Si hubiéramos de preferir algunos lienzos, de entre todos los expuestos, elegiríamos aquellos retratos en los que el artista ha logrado imprimir al retratado esa superior categoría que presta el pincel del pintor a la fisonomía humana. El modelo, para Larroque,

es pretexto ante el cual realiza la pintura, siempre sujeto a la finalidad primera y al motivo original.

Sobre los grandes méritos particulares de esta Exposición se halla en esta presencia el haber descubierto un panorama ignorado en los días de hoy, tan apegados a los «ismos» recién fenecidos. Larroque ha encontrado la originalidad ligando su interesante pintura a los maestros de ayer, que desde viejas salas nos hacen ofrenda del día y la hora en que supieron hacer a la Vida y al Tiempo levemente inmortales.

C.

